

ARTÍCULO DE INVESTIGACIÓN

**¿Un archipiélago con potencial de esfera?:
anatomía de lo comunitario en una ciudad
intermedia de Chile**

An archipelago with sphere potential: the anatomy of the community in an intermediate city in Chile

FRANCISCO LETELIER TRONCOSO

CLAUDIA JORDANA CONTRERAS

JUAN PABLO PAREDES PAREDES

Universidad Católica del Maule, Centro de Estudios Urbano Territoriales (CEUT), Chile

JAVIERA CUBILLOS-ALMENDRA

Universidad de Chile, Chile

MIGUEL SEPÚLVEDA SALAZAR

Estudiante de doctorado en Ciencias Sociales, Universidad Católica del Maule, Chile

RESUMEN Asumiendo el enfoque de la producción de lo común y los entramados comunitarios, este artículo explora la “anatomía” de lo comunitario en la ciudad de Talca (Chile). A partir del análisis de los datos de una encuesta probabilística aplicada en 2023, planteamos que –pese a su fuerte presencia en los distintos ámbitos observados– los *entramados comunitarios* tienen una capacidad limitada para producir lo común más allá del ámbito de la vida cotidiana. Mientras las relaciones familiares actúan como una fuerza que atrae a los sujetos hacia entornos conocidos, lo que les dificulta ampliar sus círculos relacionales, en el ámbito vecinal y laboral se privilegian las relaciones de



Este trabajo está sujeto a una licencia de Reconocimiento 4.0 Internacional Creative Commons (CC BY 4.0).

colaboración cotidiana y de cercanía, por sobre las que implican un compromiso asociativo. Frente a esto planteamos el desafío de generar mayor porosidad y articulación entre las relaciones comunitarias cotidianas y las formas asociativas que existen en diferentes escalas territoriales y ámbitos temáticos.

PALABRAS CLAVE Esfera comunitaria; entramados comunitarios; sociabilidad; asociatividad; ciudad intermedia.

ABSTRACT Assuming the approach of the production of the common and community frameworks, this article explores the “anatomy” of the community in the city of Talca (Chile). Based on the analysis of data from a probabilistic survey applied in 2023, we propose that – despite their strong presence in the different areas observed – community networks have a limited capacity to produce the common beyond the area of daily life. While family relationships act as a force that attracts subjects to familiar, safe environments, making it difficult for them to expand their relational circles, in the neighborhood and work environment, relationships of daily collaboration and closeness are privileged, over those that imply an associative commitment. Faced with this, we pose the challenge of generating greater porosity and articulation between daily community relations and the associative forms that exist at different territorial scales and thematic areas.

KEY WORDS Community sphere; community networks; sociability; associativity; intermediary city.

Introducción

Cuando desde las políticas públicas en Chile se habla de “comunidad”, en general se alude a organizaciones como juntas de vecinos, clubes de adulto mayor o asociaciones deportivas. Solemos restringir lo comunitario al universo de las relaciones organizadas, que, si bien cumplen un papel importante, son solo una parte de lo que aquí entendemos como “relaciones comunitarias”. Desde la perspectiva que utilizamos, dentro de lo comunitario cabrían relaciones familiares, redes de amigos, relaciones de compartencia en el trabajo y vínculos cotidianos del entorno territorial inmediato. También las organizaciones comunitarias locales y formas asociativas que no están ancladas a un lugar específico, sino que vinculadas a intereses y valores comunes.

Todas estas relaciones participan del proceso en que los seres humanos resolvemos (consciente o inconscientemente) nuestras necesidades humanas con autonomía relativa de la lógica de reproducción del capital o de las políticas estatales. Todas ellas

implican alguna manera de reconocimiento de que nos necesitamos mutuamente, de que somos seres incompletos, precarios e interdependientes, y que encontramos en la colaboración y en la compartencia formas más humanas de reproducir nuestras vidas (García García et al., 2021; Martínez-Buján, 2021). En ese sentido, dichos vínculos hacen una contribución esencial al sostenimiento de la vida individual y colectiva. Sin embargo, estas relaciones comunitarias tienden a ser invisibilizadas, y su importancia suele no ser reconocida frente a otras esferas concebidas como más relevantes en la vida social: el Estado o el mercado. Gutiérrez y Salazar (2019) sostienen que “en el capitalismo ocurre que los diversos procesos de reproducción de la existencia se subordinan a la producción de capital, apareciendo como conjunto de actividades fragmentadas, secundarias y sin significado propio; ocurre, también, que la política, en este caso la política estatal –aparentemente el único lugar para la realización de la gestión colectiva—, se sitúa por encima de la sociedad, velando –según su propio decir— por el ‘bien común’ y relegando la reproducción social al ámbito de lo privado” (p. 26).

En este artículo nos proponemos visibilizar estas relaciones comunitarias explorando la anatomía de sus entramados, específicamente en la escala urbana intermedia (ciudad de Talca). Enfocándonos en las relaciones y formas organizativas, las prácticas de colaboración, los bienes relacionales que se producen y las condiciones en que se desenvuelven, pretendemos comprender cómo se configuran las relaciones comunitarias en distintos espacios o ámbitos de la vida social (familiar, amical, vecinal, laboral, etc.), y de qué manera se entrelazan las formas más informales y espontáneas con las más asociativas u organizadas.

A partir del análisis descriptivo de los resultados de una encuesta probabilística aplicada a 1.150 casos entre los meses de enero y febrero de 2023 en la ciudad de Talca, buscamos abordar estas preguntas y contribuir a la comprensión de las relaciones comunitarias más allá de la forma en que suelen entenderse (asociadas a las organizaciones). Nuestra hipótesis es que las relaciones comunitarias están presentes en diferentes ámbitos de nuestra vida, ya sea familiar, amical, vecinal y laboral, satisfaciendo necesidades psicosociales y materiales. Sin embargo, es la familia el principal ámbito atractor de relaciones contrayendo a un espacio más privado la sociabilidad. Esto implicaría una tendencia a privilegiar la cercanía de lo familiar por sobre otros modos asociativos como las organizaciones vecinales y sindicales, que afectan la dimensión política de la sociabilidad.

El trabajo aquí presentado supone un doble desafío. Por lo general, los estudios sobre comunidad han tendido a desarrollar un enfoque metodológico más cualitativo, centrado en estudios de casos abordados en profundidad. Por otro lado, las investigaciones realizadas utilizando la noción de *entramados comunitarios*, y el concepto mismo, han tenido su anclaje fundamental en comunidades rurales e indígenas (Esco-

bar, 2019; Gutiérrez, 2017; Gutiérrez y Salazar, 2019). En este sentido, una investigación centrada en las zonas urbanas, sin presencia importante de población indígena, y a partir del análisis de datos cuantitativos, representa un desafío para los estudios de lo comunitario, permitiendo enriquecer su enfoque.

El artículo se divide en tres apartados. Luego de la introducción, planteamos la discusión teórica en torno a lo comunitario, proponiendo un enfoque relacional. En segundo lugar, exponemos la metodología del estudio, basada en el análisis descriptivo de los resultados de la encuesta. Posteriormente, se presentan los principales resultados que dividimos en dos secciones: la primera, enfocada en el análisis de la centralidad de la familia como eje articulador de nuestras relaciones comunitarias, y la segunda, orientada a describir la fragmentación o desacople entre nuestras relaciones de compartencia más informales que tienen lugar en los espacios vecinales y de trabajo, y las formas asociativas presentes en las organizaciones. Finalmente, en las conclusiones planteamos una reflexión sobre los principales problemas y desafíos que supone la anatomía actual de las relaciones comunitarias en una ciudad intermedia chilena.

Una perspectiva relacional de lo comunitario

Entendemos lo comunitario como un modo social e históricamente construido de producir valor para satisfacer necesidades humanas y construir colectivamente el buen vivir (Escobar, 2019; Ramírez, 2019). Gutiérrez y Salazar (2019) lo definen como la compleja trama de vínculos, más menos permanentes, que se construyen y reconstruyen entre las personas, conducentes a enfrentar la satisfacción de necesidades comunes de diverso tipo y que permiten la producción y reproducción de la vida. Lo comunitario aparece, entonces, como una clave interpretativa que permite ahondar en aquella “forma natural” de reproducir la vida, movilizada por una “racionalidad reproductiva” y centrada en el “valor de uso” (Gutiérrez y Salazar, 2019); una racionalidad que pone en el centro la satisfacción de las necesidades de las personas y plantea una alternativa a la racionalidad instrumental de la acumulación del capital (Cubillos-Almendra et al., 2022). Aquí cobra sentido hablar de la politicidad de lo comunitario, es decir, unos modos propios de organizar la vida, que no solo son teóricamente distintos a los del mercado y a los del Estado, sino praxiológicamente diferentes. Esta politicidad se expresa en un trabajo real, concreto, que produce una infinidad de bienes relacionales materiales e inmateriales (Donati y García, 2021) y satisface necesidades humanas individuales, colectivas y que a la vez son múltiples.

Estas tramas sociales operan de forma cooperativa/colaborativa con objetivos múltiples tendientes a cubrir y/o ampliar la satisfacción de necesidades básicas para la existencia social e individual, estableciendo, organizando y coordinando los vínculos y las prácticas compartidas en torno a equilibrios dinámicos, es decir, no están

exentas de tensiones y conflictos, y son siempre susceptibles de renovación y autogeneración (Gutiérrez y Salazar, 2019).

Así entendido, lo comunitario se hace cargo de la precariedad de la vida humana y muestra su inexorable necesidad de otras/os para hacer nuestras vidas habitables (Benhabib, 2006; Darat, 2021; Gilligan, 1985). Cuando hablamos de precariedad, la entendemos en un doble sentido: por un lado, como condición existencial, al ser las personas vulnerables en términos físicos, materiales, psicológicos y emocionales, y, por otro, aludimos a aquella precariedad producida por factores externos a las personas que le llevan a vivir vulnerabilidades en el presente e incertidumbre respecto del futuro (Butler, 2006, 2018; Guerra, 2021; Standing, 2013; Sales, 2016). En torno a esto último, comprendemos que la precarización de la vida sería efecto de acciones (por ejemplo, acciones gubernamentales) que marginan y dificultan una vida digna. Entender la vida humana como vulnerable (condición existencial) y vulnerada (precarización producida) nos permite reconocer la centralidad de la dimensión reproductiva de la existencia y a valorar los cuidados y las relaciones de mutua responsabilidad, en tanto permiten la autonomía individual y la reproducción de la sociedad (Butler, 2006, 2018; Carrasco, 2013; Sales, 2016; Sanchís, 2020).

Lo comunitario se construye en torno a relaciones y pertenencias flexibles, heterogéneas y complejas (De Marinis, 2005; Wellman et al., 2019). Nos alejamos de la dicotomía comunidades territoriales/virtuales, anclaje/desanclaje, flujos/estabilidades, apostando por una concepción en que las experiencias en comunidad están vinculadas a múltiples espacialidades: físicas, sociales, subjetivas e, inclusive, virtuales (Wellman et al., 2019). Dado lo anterior, se asume que las relaciones comunitarias no pueden ser reducidas a su forma organizada, sino que tienen diversas expresiones y se encuentran emplazadas en ámbitos diversos (Gutiérrez, 2017).

Uno de estos ámbitos es el familiar. Si bien la familia tiende a pensarse como el espacio privado por excelencia, desde la perspectiva de lo comunitario que desarrollamos aquí, entendemos la familia como parte de una serie de entramados más amplios que permiten su reproducción y, a la vez, como un ámbito que contribuye con bienes relacionales a otros ámbitos y al conjunto de la sociedad. Oriolani (2022) sostiene que la casa puede ser vista como una red extendida, envuelta en una serie de flujos o desplazamientos dentro de un barrio, en los que circulan objetos (comida, ropa, materiales, entre otros) y personas. Esta red, con sus múltiples relaciones y hábitos, permite conseguir el sostenimiento de la vida de la familia. Las familias, a través de sus rutinas diarias, construyen constantemente su casa como una red de entramados para aquel sostenimiento, por lo que están “insertas en esos entramados que las constituyen y las significan a partir de las acciones, tareas y prácticas que habilitan, demandan y generan, y que transforman la vida diaria de los habitantes” (Oriolani, 2022, p. 8).

Por su parte, Donati y García (2021) ponen de relieve la racionalidad de la familia y los bienes particulares y únicos que ésta genera y transfiere a la sociedad. Esto apela a su capacidad generativa para crear bienes (o males) relacionales que ninguna otra institución o sistema social es capaz de generar y que son transferibles a la esfera pública a través de la socialización de las nuevas generaciones. La familia, según Donati y García, puede contribuir a promover relaciones e intercambios sociales más humanizados y orientados al cuidado, germen de una sociedad civil solidaria y comprometida. Ante la pregunta que plantea la sociología de por qué y para qué existe la familia, la perspectiva relacional de Donati y García responde: para satisfacer las necesidades humanas relacionales (Donati y García, 2021).

Otro ámbito tiene que ver con la amistad. Desde nuestro punto de vista, las relaciones de amistad juegan un papel importante en la producción de asociatividad. La amistad implica un involucramiento activo y concreto de estar con otros, otros inicialmente extraños, haciendo vida en común (Garzón, 2020). En el espacio de la familia las relaciones se dan entre personas que se conocen ‘desde siempre’ y que comparten una experiencia común. La amistad es un vínculo que parte desde el encuentro con un extraño y, por lo tanto, la confianza es un tema que reclama fundamento. El cumplimiento de las promesas es el fundamento de la capacidad asociativa, vale decir, de la habilidad para ‘hacer cosas’ con extraños, para juntarse con desconocidos en torno a objetivos y tareas comunes (Valenzuela y Cousiño 2000). Esto es especialmente relevante en contextos de precarización y disminución del gasto público en materia de protección social, cuando la amistad, inscrita en grupos informales de ayuda mutua, se convierte en un soporte fundamental para las personas. Como muestra Elgueta (2019), la participación en experiencias comunitarias, donde las interacciones en fraternidad y amistad contribuyen a la satisfacción de necesidades humanas, contiene la promesa de un “aprendizaje para la asociatividad”. En este sentido, la amistad abarca una dimensión pública importante. De acuerdo a Kathiravelu (2013), para Derrida la naturaleza pública de las amistades se considera expresiva de la esfera política más amplia, indicativa de una igualdad fraternal ante la ley.

En cuanto al ámbito vecinal, entendemos que las relaciones comunitarias van más allá de las formas organizadas. Distintos estudios han mostrado que, en su estado actual, las organizaciones comunitarias formales atraviesan una crisis (Letelier y Boyco, 2018; Letelier, 2018; Tapia, 2018). Pero la debilidad de la forma organizada de lo comunitario no implica que no existan otras formas de relaciones comunitarias en el espacio vecinal. Varias investigaciones han mostrado que el entorno próximo es muy importante en las actividades cotidianas de las personas, tales como llevar a las/os niñas/os al colegio, comprar la mercadería, llegar a pie a su centro de salud o a su lugar más habitual de recreación, entre otras (Rasse, 2015). Por otro lado, estos estudios también han señalado que en pandemia las personas vieron en sus entornos próximos

y en sus vecinos y vecinas una fuente de ayuda y seguridad. En contextos de crisis, las relaciones de vecindad emergen como factor relevante (Martínez-Buján y Vega Solís, 2021), así sucedió en el terremoto de 2010 (Simon y Valenzuela-Fuentes, 2017), durante la pandemia (Anigstein et al., 2021; Roig y Blanco, 2021; Tapia et al., 2021) y en el estallido social chileno (Tapia et al., 2021; Valenzuela, 2022). En este sentido, existiría una distancia entre la organización vecinal (ámbito organizativo/asociativo) y las relaciones vecinales (ámbito interaccional).

Por último, las relaciones comunitarias también tienen lugar en espacios generalmente conceptualizados como ajenos a ellas, como el ámbito del trabajo. Habitualmente, cuando se piensa en los espacios laborales, estos tienden a ser vistos en términos instrumentales (Habermas, 2023). El trabajo es concebido como un lugar al cual los individuos concurren únicamente para adquirir el sustento necesario para su supervivencia y toda satisfacción con respecto a éste sería de carácter extrínseca, es decir, relativa a las recompensas externas que puede proporcionar (Noguera, 2002). Sin embargo, desde nuestra perspectiva, el trabajo también está marcado por la existencia de relaciones comunitarias: las personas establecen una multiplicidad de vínculos informales y cotidianos que, al igual que las formas de sociabilidad que tienen lugar en otros espacios, permiten y/o posibilitan el sostenimiento de la vida y la satisfacción de necesidades humanas. Esto es aún más significativo en un contexto que ha sido descrito como fuertemente precarizado e inestable (Blanco y Julián, 2019; Standing, 2013; Shin et al., 2023).

Considerando que las relaciones comunitarias están presentes en diversos ámbitos de la vida social, pretendemos comprender cómo estas se presentan y configuran en la escala local, sus conexiones y desconexiones, y los modos en que las formas espontáneas se entrelazan con las asociativas u organizadas.

La exploración se realiza en la escala urbana intermedia, específicamente en la ciudad de Talca¹. En Chile más del 60% de la población habita estas ciudades. Llop et al. (2019) se refieren a este tipo de urbes como “intermediarias”, es decir, su definición no solo se determina por el número de habitantes, sino por la mediación que pueden realizar entre distintos ámbitos, en las distintas relaciones entre las economías urbanas y rurales, y respecto a sus hinterland (Maturana et al., 2018). Si bien se las ha considerado espacios como mayor potencial de ser planificables (Borsdorf et al., 2008) y capaces de brindar un campo fértil de experimentación para mejorar las condiciones de vida urbana (UNESCO, 1999), desde los años 90 a la fecha se observan en ellas procesos de expansión urbana parecidos a los de las grandes ciudades, con dinámicas de precarización, segregación y fragmentación similares al Gran Santiago, el

1. Con una población de aproximadamente 240 000 habitantes, Talca es la capital de la región del Maule.

Gran Valparaíso y la Gran Concepción (Marchant et al., 2023; Toro y Orozco, 2018). Entendemos lo anterior como producto del influjo del urbanismo neoliberal² que ha venido afectando su condición de espacio público productor de relaciones sociales y confianza a causa de fenómenos como la fragmentación, la disolución, la privatización, la segmentación y la inseguridad (Dammert et al., 2005).

Metodología

Los datos que presentamos proceden de la aplicación de la Encuesta “Relaciones comunitarias” en la conurbación Talca-Maule entre enero y febrero de 2023. El instrumento aplicado fue construido por el equipo de investigación del Fondecyt Regular N°1220173 a partir de una preparación operacional basada en la revisión teórica de literatura sobre la perspectiva relacional de lo comunitario, presentada anteriormente. A partir de esta operacionalización se optó por considerar los siguientes ítems respecto a diversos ámbitos relacionales: i) relaciones vecinales (o dentro del barrio); ii) relaciones en organizaciones fuera del barrio; iii) relaciones amicales; iv) relaciones familiares; v) relaciones en espacios virtuales o públicos; vi) relaciones en el lugar de trabajo. Además, para cada ámbito relacional se consideraron preguntas sobre las siguientes dimensiones: descripción de las relaciones; reconocimiento de prácticas o acciones realizadas por aquellas relaciones; valoraciones de las relaciones, de sus prácticas y lo producido por éstas; y condiciones que facilitan o dificultan aquellas relaciones.

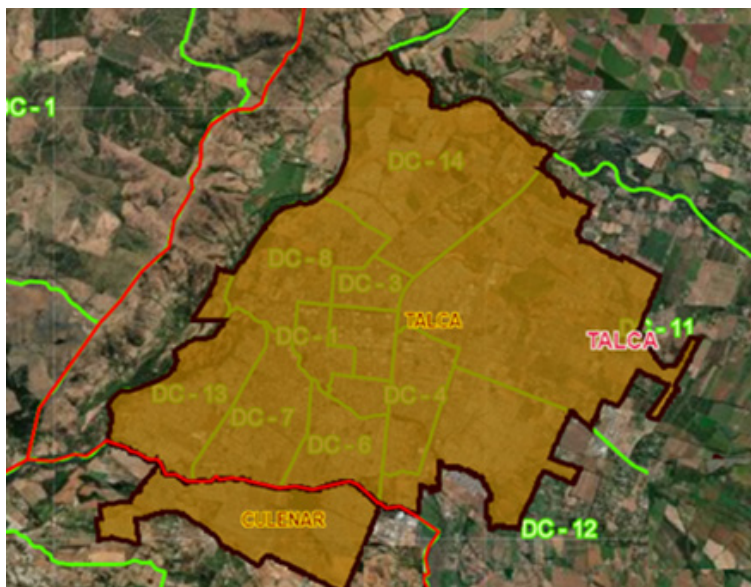
Para la aplicación de la encuesta la cobertura corresponde a la conurbación Talca-Maule. Así, se tomaron en consideración los distritos 1 a 14 de la comuna de Talca y el distrito 5 de la comuna de Maule, correspondiente al sector denominado “Culénar” o Maule Norte. Como se observa en Figura N°1, corresponde al área urbana de la comuna de Talca y al área urbana conurbada de la comuna de Maule³.

2. Theodore, Peck y Brenner, denominan urbanismo neoliberal a la hegemonía del proceso de destrucción creativa de corte neoliberal en la producción de la ciudad y la acción conjunta de las políticas públicas y del mercado, que producen procesos sistemáticos de segregación espacial y social, pérdida de calidad de vida urbana y debilitamiento del espacio público – político (Theodore et al., 2009).

3. En la Figura N°1 se muestra el área que corresponde a la cobertura geográfica de aplicación de la encuesta. Es importante señalar que, dentro de esta área, la línea roja indica el límite sur entre las comunas de Talca y Maule. Sin embargo, las dinámicas cotidianas trascienden la configuración administrativa, haciendo que el límite comunal sea difuso. Esto se relaciona con el crecimiento exponencial de Maule Norte, a partir de la expansión urbana de la comuna de Talca (Ministerio de Vivienda y Urbanismo, 2015).

Figura 1

Mapa conurbación Talca-Maule.



Fuente: <https://ine-chile.maps.arcgis.com>.

La encuesta fue aplicada presencialmente a una muestra de 1.150 casos. La población de referencia corresponde a hombres y mujeres mayores de 18 años, habitantes de viviendas particulares ocupadas de la conurbación Talca-Maule, pertenecientes a los niveles socioeconómicos C1, C2, C3, D-E. En base a las proyecciones del Instituto Nacional de Estadísticas de Chile, al año 2022, se pudo estimar que la población total objetivo del estudio ascendía a 194.383 personas (INE, 2017). Se utilizó un diseño muestral multi-etápico. El muestreo fue probabilístico en cada una de las etapas, seleccionando unidades primarias (manzanas), unidades secundarias (viviendas) y, finalmente, unidades terciarias (personas mayores de 18 años en cada hogar), seleccionadas aleatoriamente a través de la tabla de *kish*. Para determinar el tamaño muestral, se fundamentó en lograr resultados representativos a nivel total de la conurbación, bajo los parámetros estadísticos de 95% de confianza, varianza máxima y un error menor al 5%. Finalmente, la muestra total para la conurbación Talca-Maule en el sector residencial correspondió a 1.150 casos y su error asociado al nivel total bajo muestreo aleatorio simple fue de 2,9% (Tabla N°1).

Tabla 1
Distribución de la muestra y errores muestrales asociados.

Nivel de estimación	Categoría	Muestra	Error asociado (±%)
Conurbación Talca-Maule	Total	1.150	± 2,9%
Área urbana	Talca	870	± 3,3%
	Maule	280	± 5,9%
Sexo	Femenino	713	± 3,7%
	Masculino	437	± 4,7%
Grupo Etario	18 a 24 años	116	± 9,1%
	25 a 29 años	101	± 9,8%
	30 a 39 años	215	± 6,7%
	40 a 49 años	208	± 6,8%
	50 a 59 años	213	± 6,7%
	60 a 69 años	188	± 7,1%
	70 y más años	109	± 9,4%
Nivel socioeconómico	Alto	114	± 7,7%
	Medio	578	± 4,1%
	Bajo	458	± 4,6%

Fuente: Elaboración propia.

En este artículo analizamos descriptivamente los datos obtenidos, presentando dos ejes de análisis. El primero, centrado en la descripción de las relaciones familiares y amicales, y su valoración por parte de las personas encuestadas. El segundo, enfocado en el análisis de las relaciones vecinales y laborales y su vínculo con formas asociativas más organizadas. Tomadas en conjunto, establecemos algunas hipótesis sobre la anatomía actual de las relaciones comunitarias en la ciudad de Talca.

Resultados

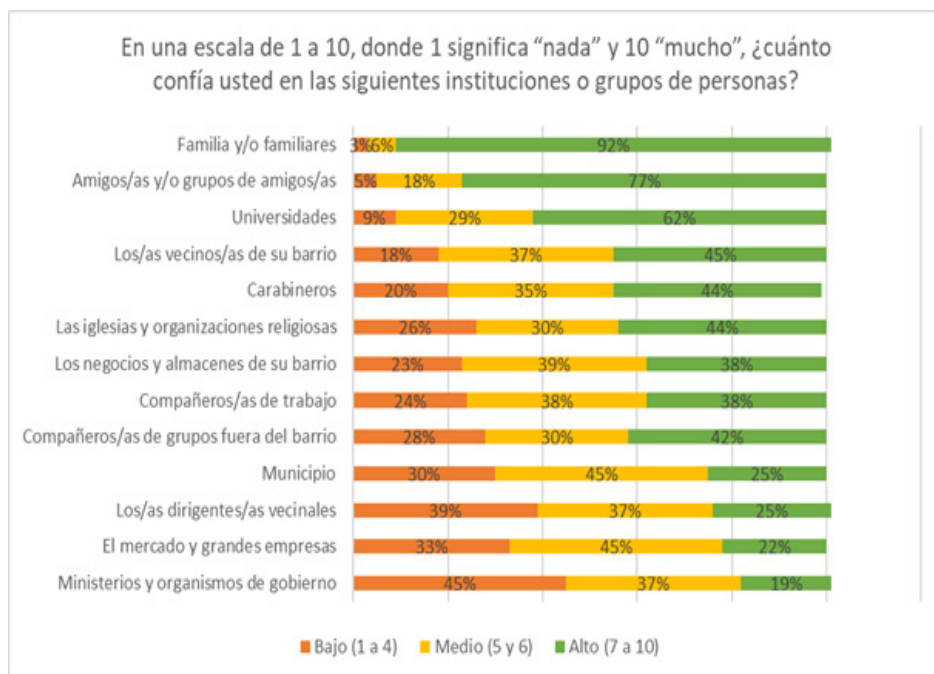
La fuerza centrípeta de lo familiar

Los resultados de la encuesta muestran la presencia de relaciones comunitarias en todos los ámbitos observados. La valoración que hacen los individuos respecto de estas relaciones da cuenta de su importante contribución a la satisfacción de necesidades individuales y colectivas de diferente índole, tanto psicosociales (afectivas, identitarias, de cuidados y reconocimiento) como materiales, más vinculadas a la solución de problemas concretos que pueden presentarse en la vida diaria. Ahora bien, pese a la presencia de estos vínculos comunitarios en todos los espacios analizados, se observa también un fuerte predominio de la familia dentro del conjunto de ámbitos relacio-

nales. Como se observa en la figura N°1, los niveles de confianza que manifiestan las personas frente a distintas instituciones o grupos dan cuenta de un predominio muy fuerte de la familia.

Figura 1

Confianza en instituciones y grupos de personas.



Fuente: Encuesta Relaciones comunitarias - Fondecyt Regular N°1220173.

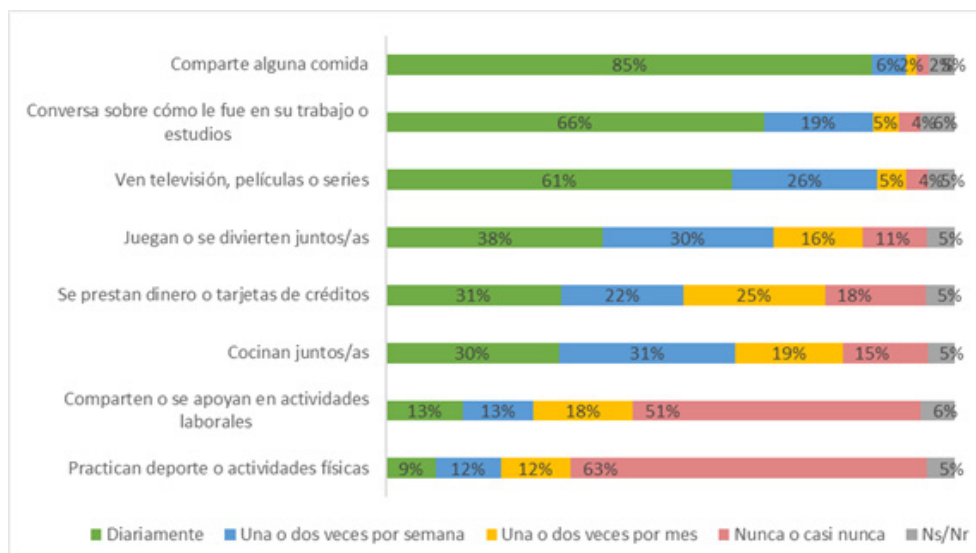
Efectivamente, un 92% de las personas consultadas tiene un alto nivel de confianza en la “familia y/o familiares”, siendo el mayor de todos los ámbitos investigados. En segundo lugar, están los amigos/as y/o grupos de amigos/as, con un 77% que manifiesta un nivel alto de confianza, y luego otras instituciones y grupos, como las universidades (62%), los vecinos/as del barrio (45%), los carabineros (44%), las iglesias y organizaciones religiosas (44%), los negocios y almacenes de barrio (38%), y los compañeros de trabajo (38%). Menor de confianza suscitan los municipios, el mercado y las grandes empresas, los/as dirigentes/as vecinales, y los ministerios y organismos del gobierno, donde un porcentaje significativamente menor declara tener “alta” confianza, y un porcentaje mayor indica, por el contrario, tener bajos niveles de confianza (30%; 33%; 39% y 45% respectivamente).

La familia aparece como el ámbito de mayor confianza y, al mismo tiempo, como el mayor soporte para la reproducción de la vida, contribuyendo a la satisfacción de una amplia gama de necesidades. Como muestran los datos de la encuesta, la familia es considerada como un apoyo frente a los problemas, incluyendo los económicos: un 97% declara estar de acuerdo o muy de acuerdo con la afirmación “Me ayudan en los momentos difíciles,” y un 88,1% con la afirmación “Me protegen”. Además, un 52,3% señala prestarse tarjetas de crédito. Por otro lado, la familia es definida como un espacio de aceptación y contención, ya que un 95% está de acuerdo con la afirmación “Me aceptan tal como soy”, un 81,2% con la afirmación “Puedo contarles todo lo que me pasa (y ellos/as a mí)” y un 80% con “Soy capaz de expresarles mis sentimientos”. Por último, la familia también aparece como un espacio para el disfrute y el aprendizaje, dado que un 95,5% expresa que “lo pasa muy bien con sus familiares” y un 86% indica “aprender cosas”.

La importancia de la familia no se limita al significado que las personas le otorgan en el marco de sus vidas, sino que también aparece como un ámbito de compartencia presencial y cotidiana. Como se observa en la Figura N°2, hay un enorme conjunto de actividades que se realizan habitualmente en el grupo familiar: comer juntos (91,4% lo hace diariamente o una o dos veces por semana), preparar la comida (61,4%), conversar sobre el trabajo y los estudios (85,6%), ver televisión, películas y series (86,4%) y jugar (68%).

Figura 2

Actividades realizadas en el grupo familiar.



Fuente: Encuesta Relaciones comunitarias - Fondecyt Regular N°1220173.

Otro aspecto interesante de recalcar es que la familia no se entiende como un núcleo de tamaño reducido, sino como un grupo más amplio, integrando miembros más allá de las fronteras del hogar. Si bien el promedio de personas en el hogar es de 3,6, al consultar por el número de personas que las/os encuestadas/os consideran como parte de su familia, independientemente de que vivan o no con ellos/as, el 74% dice tener grupos familiares de más de 6 personas y un 43% dice tener grupos familiares de más de 10. Así la familia extensa amplía enormemente el ámbito de influencia de lo familiar⁴.

Lo anterior puede tener efectos en los círculos amicales de las personas entrevistadas. El promedio de amigos que tiene una persona es reducido, alcanzando un 2,6 para el total de los/as encuestados/as. Un 75% señala tener dos o menos grupos de amigos distintos y un 73% está de acuerdo o muy de acuerdo con que a sus amigos/as los/as conoció cuando joven, lo que puede dar cuenta de la dificultad para construir nuevos procesos amicales en el tiempo. Según Dunbar (2018), las personas que provienen de familias numerosas y extensas tienen proporcionalmente menos amistades, lo que sugiere que damos preferencia a los parientes, presumiblemente debido a lo que se ha denominado la “prima de parentesco” (la mayor disposición a actuar de manera altruista hacia los parientes). Al contrario, la falta de redes familiares eventualmente podría brindar mayores motivaciones para construir relaciones comunitarias con personas no conocidas de antemano (García García et al., 2021).

Ahora bien, pese a lo reducido de los círculos amicales, estos son muy valorados. Como muestra la Figura N°1, la confianza en las/os amigos/as y/o grupos de amigos/as también es muy alta (77%) y, como señalan otros datos de la encuesta, con los amigos también se realizan diversas y frecuentes actividades. El 80% conversa diariamente con ellos o una o dos veces por semana. Los encuentros presenciales son menos frecuentes, pero se dan en diversos ámbitos. Al menos una o dos veces por mes se “intercambian cosas o recomendaciones sobre cosas” (65%), se “almuerza, toma once o cena” (64%), se “sale a caminar o a pasear” (46%), se “le pide o le piden que riegue sus plantas o alimente a sus mascotas (40%).

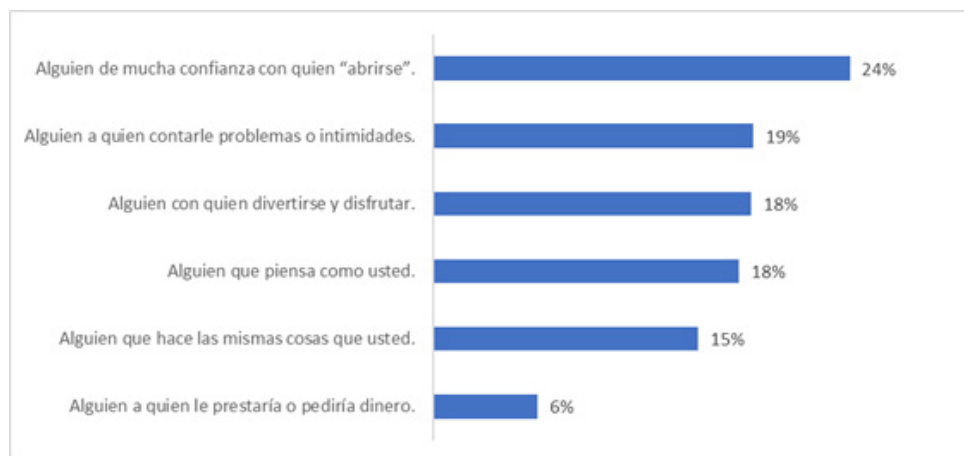
Tal como se visualiza en la Figura N°3, a un/a amigo/a se lo define como “alguien de mucha confianza con quien abrirse”, (24% menciona esta opción en primer lugar), “alguien a quien contarle problemas o intimidades” (19%), “alguien con quien divertirse y disfrutar” (18%) y “alguien que piensa como usted” (18%). A la luz de la evidencia de que el tamaño y la calidad de nuestros círculos de amistad es el factor

4. Al respecto queremos consignar, aunque excede los marcos de este análisis, que a los miembros humanos de las familias es necesario sumar a los animales. Un 62% declara poseer alguna mascota o animal de compañía, de ellos, un 67% señala que “es como un miembro de la familia al que cuidamos”.

más importante para nuestra felicidad, bienestar mental y salud física (Dunbar, 2018; Leibowitz, 2018), es llamativo que un 7% de las/os encuestadas/os declare no contar con amistades. Esto es coincidente con lo que hace más de veinte años observaban Valenzuela y Cousiño (2000) para el caso chileno, donde sobresale la proporción de personas, sobre todo mujeres del estrato más popular, que declaran no tener amigas/os.

Figura 3

“Un/a amigo/a para usted es...”



Fuente: Encuesta Relaciones comunitarias - Fondecyt Regular N°1220173.

Algo que llama la atención es que tiende a haber una cierta continuidad entre lo familiar y lo amical: los estrechos círculos amicales aparecen conectados a los familiares. De acuerdo con datos de la encuesta, un 51% dice participar con amigos en actividades del grupo familiar. Esto concuerda con lo planteado por Valenzuela y Cousiño (2000): en Chile, las relaciones de amistad son rápidamente incorporadas a los círculos familiares para de esta manera eliminar la “extrañeza” que pueda derivar de la naturaleza misma de la noción de “amigo/a”. “La relación de amistad requiere ser purgada de todo elemento de extrañeza mediante el procedimiento de incorporar al amigo rápidamente al espacio hogareño. Los amigos son, por ende, aquellos que pueden ser considerados ‘como de la casa’. Este hecho lleva a rodear a las relaciones de amistad de fuertes analogías con el parentesco (compadrazgo o padrinzago) y las somete a exigencias de orden doméstico que no les son propias” (Valenzuela y Cousiño, 2000, p. 325). Este hecho no es algo exclusivo de Chile, ha sido observado también en otros contextos. Para el caso de Madrid, se ha señalado que la construcción de vínculos amicales remite a imaginarios familiares (“como una hermana”, “como un padre”), lo que da cuenta de la persistente centralidad cultural de la familia (García García et al., 2021).

Tanto la cercanía de las amistades a los círculos familiares, como la dificultad para hacer nuevos amigos en el transcurso de la vida, puede tener alguna influencia en la débil participación en grupos motivados por valores o intereses comunes. En efecto, de acuerdo a los datos de la encuesta las personas participan preferentemente en grupos donde priman los vínculos fuertes y cohesivos: familiares, amicales de larga data o en microespacios territoriales homogéneos y relativamente contenidos. Menos de un 8% participa en organizaciones y grupos fuera de su lugar de residencia, y la mayoría lo hace en organizaciones comunitarias tradicionales como clubes de adulto mayor (1,2%) y clubes deportivos (2,6%). La única participación en organizaciones motivadas por valores o causas comunes se da en torno al cuidado de animales, que aparece con el 0,1%⁵. Como señalan Valenzuela y Cousiño (2000), la asociatividad es la modalidad más exigente del vínculo con extraños, puesto que es una relación difícilmente subsumible en el espacio doméstico. En el caso de Chile, parece ser que la potencia del vínculo familiar empuja constantemente a privilegiar la lealtad hacia el conocido antes que la confianza hacia el extraño (Valenzuela y Cousiño, 2000), reduciendo de esta forma las posibilidades de articular espacios de asociatividad más amplios y sólidos.

La enorme importancia de las relaciones familiares en la reproducción de la vida social puede ser considerada un aspecto positivo, en la medida que permite experimentar relaciones fundadas en la compartencia y la reciprocidad, y porque —como nos muestran Donati y García— la familia puede contribuir a promover relaciones e intercambios sociales más humanizados y orientados al cuidado, germen de una sociedad civil solidaria y comprometida (Donati y García, 2021). Efectivamente, los vínculos familiares nos proveen de *cuidados sólidos* que, además de intimidad, posibilitan una permanencia más prolongada y rutinaria en el tiempo (García García et al., 2021). Los vínculos familiares, en sí mismos, no limitan ni potencian otras relaciones

5. Estos datos son coincidentes con los registros oficiales de la Municipalidad de Talca, que muestra que en 2016 del total de organizaciones vigentes, solo el 2,5% pertenecía a la categoría organización temática. Seis años después, en 2022, este porcentaje ha pasado a un 14,4% y el crecimiento mayor está en organizaciones medioambientales y animalistas. Si bien han aumentado en número, lo que la encuesta refleja es que aún no alcanza un umbral de participación relevante, cuestión que es posible se vaya produciendo con el tiempo. En Chile, los episodios más importantes de movilización social de los últimos años han sido animados por organizaciones temáticas con interés en lo público, entre ellos, ambientalistas, estudiantiles, mapuche, animalistas, patrimoniales o por articulaciones de organizaciones territoriales en escalas superiores a la barrial como asambleas y cabildos (Delamaza et al., 2017; Paredes y Araya, 2020). Estas organizaciones obtienen buena parte de su capacidad de acción colectiva a partir de combinar vínculos fuertes con vínculos de lazos débiles. La característica de puente que tienen estos últimos los vuelve especialmente útiles para conectar grupos y dar lugar a estructuras sociales más grandes y complejas (Granovetter, 2000). Así, relaciones basadas en diferentes patrones de lazos, niveles y tipos de proximidad, pueden trascender los límites físicos y simbólicos de un área/formación encapsulada, un barrio, una familia o un grupo de amigos.

comunitarias. En muchos casos, la afectividad, el cuidado, la cercanía y la reciprocidad que se vive al interior de las relaciones familiares podría sentar las bases para construir relaciones de solidaridad con otras personas. De hecho, como evidencian Donati y García (2021), García García et al. (2021), las experiencias de cuidado comunitario parecen hibridar vínculos de parentesco y amistad. No obstante, su hegemonía encierra el peligro de valorar en exceso la dimensión privada de la vida social, si es que esta no está articulada con otros ámbitos de lo comunitario.

Las dificultades de asociarse: el desacople entre lo cotidiano/interaccional y lo asociativo/organizacional

Así como las relaciones familiares actúan como una fuerza que atrae a los sujetos hacia entornos conocidos, seguros, y les dificulta ampliar sus círculos relacionales, en el ámbito vecinal y laboral tienden a primar las relaciones de colaboración cotidiana y de cercanía, por sobre las que implican un compromiso asociativo.

Como se observa en la Figura N°1, si bien la confianza en los/as vecinos y en los/as compañeros/as de trabajo alcanza niveles menores que la que concierne a la familia, no deja de ser significativa. En cuanto a los/as vecinos/as, un 45% declara tener un nivel alto de confianza y un 37% nivel medio. Y en cuanto a los/as compañeros/as de trabajo, un 38% declara tener un nivel alto de confianza y un 38% un nivel medio. Esto da cuenta de que, pese a que no son los ámbitos privilegiados de relacionamiento comunitario, sí gozan de cierta apreciación y cumplen funciones importantes en la satisfacción de necesidades de los individuos. Veamos en detalle cómo esto se expresa en cada uno de estos espacios: en primer lugar, el ámbito vecinal y, luego, el laboral.

De acuerdo a los datos que nos muestra la encuesta, las relaciones vecinales son por lo general valoradas por las/os entrevistadas/os. Un 62% considera al propio como “un buen barrio”, con relaciones entre vecinas/os que las/os encuestadas/os perciben como predominantemente “buenas o muy buenas” (66%), lo que se vincula a apreciaciones de relaciones de amabilidad y respeto, donde un 86% está de acuerdo o muy de acuerdo con la afirmación “los/as vecinos son amables y respetuosos” (Figura N°4). Estas relaciones cordiales se expresan en la vida cotidiana por medio del saludo diario (75% lo realiza, lo que sube a un 93% si se agregan los que lo hacen una o dos veces por semana), y de detenerse a conversar (un 71,5% lo hace a diario o una o dos veces por semana). Un 56% comparte con otras personas en los almacenes del barrio diariamente o una o dos veces por semana y el mismo porcentaje lo hace con la misma frecuencia en calles o pasajes donde vive. De este modo, la calle se visibiliza como un espacio privilegiado de encuentro con otros/as y de despliegue de interacciones constitutivas de la vida social (Araujo, 2019).

Figura 4

Valoración de relaciones vecinales.



Fuente: Encuesta Relaciones comunitarias - Fondecyt Regular N°1220173.

Lo observado puede ser descrito a partir del concepto de *familiaridad pública*. Blokland y Nast (2014), siguiendo a Granovetter (2000), hablan de vínculos ausentes y los entienden como encuentros casuales entre personas que se pueden no volver a ver, pero que no necesariamente se asocian al anonimato. A partir de ellos se genera la familiaridad pública que se relaciona con el reconocer y ser reconocido en ciertos espacios, lo que se asocia con la “creación” de una zona de confort: donde nos podemos mover con facilidad, el entorno se nos hace previsible y confiamos en los demás. Esto es generado a partir de la frecuencia y el uso de los espacios. Una frase que puede ayudarnos a graficar esto es “me da confianza y seguridad ver caras conocidas en mi barrio, aunque no me relacione con ellos/as”, con la que un 74,6% está de acuerdo. Estos datos son coherentes con estudios que muestran que el entorno próximo es muy importante en la realización de actividades cotidianas por parte de las personas (Rasse, 2015).

Las buenas relaciones vecinales posibilitan un conjunto de prácticas de colaboración que se dan con relativa regularidad. Al menos una o dos veces al mes el 62% de las/os encuestadas/os “se hace favores con sus vecinos/as (cuidar la casa, a un hijo/a o mascota; regar plantas; recibir encomiendas), el 37% “guarda las llaves de la casa de un vecino/a”, el 30% “cuida o ayuda a cuidar a algún/a vecino/a”, y el 20% “comparte celebraciones entre familias”⁶. En este sentido, por momentos, en el barrio existe una red de desplazamientos, prácticas y relaciones que permiten el sostenimiento de la vida individual, familiar y barrial (Oriolani, 2022).

En contextos de necesidad o crisis, las prácticas de colaboración se convierten en acciones colectivas. Según las personas encuestadas, esto sucede por cuatro principales razones: “para ayudar a los vecinos en caso de muerte, enfermedad o accidente” (45% de las/os encuestadas/os la menciona como una de las situaciones más comunes en que los vecinos se organizan), “para enfrentar robos o prevenir delincuencia” (44%), “en caso de catástrofe” (40%) y “para celebrar o preparar actividades para las fiestas de fin de año, fiestas patrias u otras” (27%). Asimismo, otras investigaciones han dado cuenta del protagonismo de las organizaciones comunitarias en el desarrollo de iniciativas solidarias, de cuidado, de reivindicación de derechos, entre otras (Anigstein et al., 2021; García García, et al., 2021; Tapia et al., 2021). Particularmente, el estudio *Prácticas comunitarias, políticas locales y gobernanza para la gestión de crisis* —que llevó a cabo la Escuela de Sociología de la Universidad Católica del Maule— identificó más de trescientas experiencias comunitarias sólo en las ciudades de Talca, Rancagua y Chillán. El eje de todas las experiencias observadas —ollas comunes, procesos vecinales, prácticas espirituales, de cuidado, «apañes» feministas, etc.— fue la reproducción social, material, emocional o simbólica de la vida (Tapia et al., 2021).

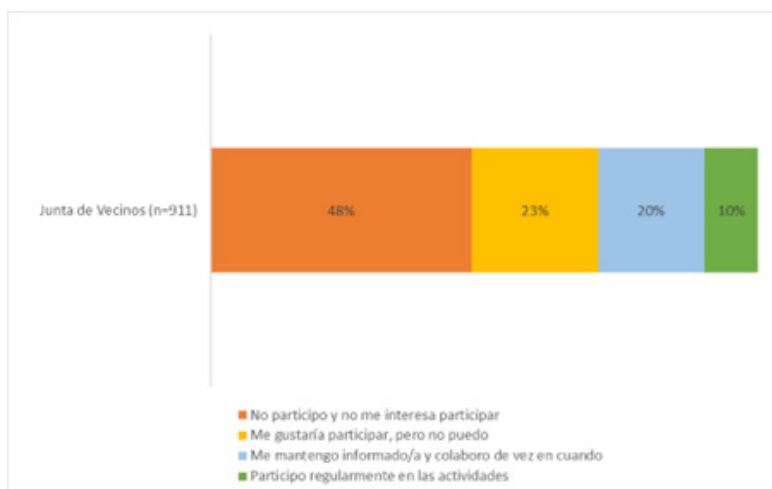
Sin embargo, la familiaridad pública, las prácticas colaborativas y la capacidad de actuar colectivamente en casos críticos se contraponen con la participación en organizaciones como las juntas de vecinos. Como se observa en la Figura N°5, solo un 10% de las/os encuestadas/os dice participar regularmente en sus actividades y el 48% dice no participar y no estar interesado en hacerlo. Este dato es coincidente con datos nacionales. La cantidad de personas que participa en estas entidades ha disminuido

6. Asimismo, son relevantes algunas formas de participación que no aparecen en los repertorios clásicos, pero que es preciso reconocer, como la participación que se da a través de redes virtuales. Cuando se pregunta por participación en actividades vecinales donde se incluye otras distintas a las reuniones (ferias o talleres), un 30% declara participar una o dos veces al mes. Un 43% conoce la existencia de grupos WhatsApp, Facebook u otros en su barrio, y de ellos un 49% dice que al menos un miembro de su familia participa en ellos siendo utilizados principalmente con fines de ayuda comunitaria (62%), seguridad pública (70%) e intercambio de información, productos y servicios (53%).

sostenidamente. De acuerdo con varias encuestas citadas por Manuel Castells, en los años 70 más del 50% de los chilenos y chilenas participaban de agrupaciones vecinales (Castells, 1973). Hacia el 2000, después de diez años de gobiernos democráticos post dictadura, las cifras de la Encuesta de Caracterización Socioeconómica Nacional (CASEN) muestran que el 70% de la población nacional no participa de ninguna organización (Ministerio de Desarrollo Social y Familia, 2000), cifra que asciende a 74,8% en 2022 (Ministerio de Desarrollo Social y Familia, 2022).

Figura 5

Participación en Junta de Vecinos.



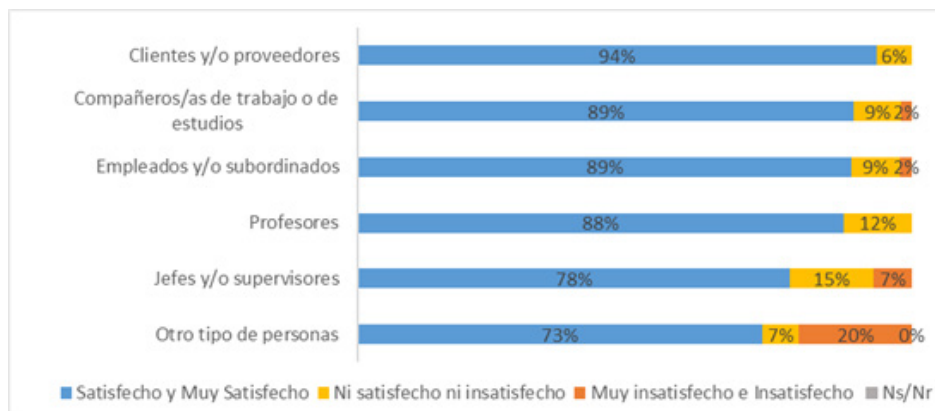
Fuente: Encuesta Relaciones comunitarias - Fondecyt Regular N°1220173.

Algo similar sucede en el ámbito laboral. Como se observa en la Figura N°6, las relaciones comunitarias que se establecen en el lugar de trabajo gozan de una valoración especialmente positiva por parte de las/os encuestadas/os. De manera transversal a las distintas situaciones laborales analizadas⁷, existe una fuerte apreciación de las relaciones en el ámbito del trabajo. Un 89% señala estar “muy satisfecho/a” o “satisfecho/a” con las relaciones con sus compañeras/os de trabajo, y el mismo porcentaje se aplica en el caso de las relaciones con empleadas/os y/o subordinadas/os. Por otro lado, un 93,7% está satisfecho o muy satisfecho con respecto a la relación con sus clientes y/o proveedores. Si bien esta satisfacción disminuye con respecto a las relaciones con jefes y/o supervisores (78,4%), sigue siendo una apreciación bastante positiva.

7. Para este análisis se toman en consideración las personas que indicaron realizar una actividad laboral remunerada (42% de la muestra), de los cuales un 65% señaló relacionarse cotidianamente con compañeros/as de trabajo, un 49% con jefes y/o supervisores, un 25% con clientes y/o proveedores y solo un 7% con empleados o subordinados. Un 14% indicó trabajar en solitario o teletrabajar.

Figura 6

Grado de satisfacción con respecto a las relaciones laborales.



Fuente: Encuesta Relaciones comunitarias - Fondecyt Regular N°1220173.

Por otra parte, un 80,4% de las personas señala sentirse cómoda en el lugar de trabajo, y un 70% indica estar en desacuerdo con la afirmación “mi entorno laboral es más bien hostil”. La valoración es especialmente positiva en cuanto a las relaciones con las/os compañeras/os de trabajo, que se caracterizan por ser relaciones horizontales en un espacio marcado generalmente por las asimetrías de poder. Los aspectos que más se señalan son los siguientes: “lo paso bien” (71% está de acuerdo o muy de acuerdo), “me ayudan a hacer bien mi pega” (61%), “son un gran apoyo personal” (51%), y “les tengo mucho cariño” (49%).

Además, aunque en un grado menor, los compañeros/as de trabajo también son un soporte cuando el trabajo se hace muy pesado o se viven injusticias: un 45% señala estar de acuerdo con la afirmación “si no es por mis compañeros/as de trabajo, el trabajo se me haría muy pesado”, y un 40% con “cuando sufro una injusticia en el trabajo, busco apoyo en mis compañeros”. Distintos estudios han destacado que las transformaciones en el mundo laboral derivadas de la implantación del neoliberalismo y una institucionalidad desfavorable para las trabajadoras/es, han generado problemas de malestar y sufrimiento (Soto et al., 2021; Soto 2008), así como sentimientos de inestabilidad y agobio (Araujo y Martuccelli, 2012) de injusticia (Frei et al., 2022) y experiencias de maltrato frecuentes y sistemáticas en los entornos laborales (Araujo, 2016; PNUD, 2017). Se podría hipotetizar que las relaciones comunitarias que se establecen en el ámbito laboral sirven para paliar o hacer más llevaderas esas experiencias subjetivas de malestar o injusticia, operando como un refugio ante situaciones adversas.

Las actividades que se realizan con mayor frecuencia en estos espacios son el contacto a través de redes sociales (33% lo hacen diariamente y 38% una o dos veces por semana), y el hacer bromas y reírse entre compañeros/as (64% al menos una o dos veces por semana), destacando el espacio laboral también como un ámbito de disfrute y esparcimiento. Otras actividades que se realizan, aunque con menor frecuencia, son: compartir datos de compras y cosas prácticas con los compañeros/as (un 68% lo hace al menos una vez al mes), compartir almuerzos (66%), compartir fuera del horario laboral (66%), celebrar los cumpleaños de los/as compañeros/as (65%) y desahogarse sobre los problemas del trabajo (58%). Menos frecuente es prestarse dinero o la tarjeta de crédito entre compañeros/as y organizarse para ir al trabajo o lugar de estudios (un 88% y 53%, respectivamente, señala no hacerlo nunca o casi nunca), lo que denota que las relaciones que se establecen en este ámbito tienen un carácter distinto de las relaciones de mayor confianza como las que se dan en la familia, menos densas o intensas quizás, pero no por ello menos importantes, sobre todo si consideramos que gran parte de nuestra vida transcurre en los espacios laborales.

Todo lo anterior contrasta con la participación en organizaciones sindicales, que al igual que lo que ocurre con las organizaciones vecinales, es bastante baja. En la región del Maule, la tasa de sindicalización alcanza solo un 8,2% (Dirección del Trabajo, 2021), siendo la región con los niveles más bajos de sindicalización del país. Si bien estos niveles han ido en aumento en los últimos años, llegando a un 16% en el año 2021, no alcanzan la densidad sindical del año 1973, previa al golpe de Estado, cercana al 30%.

Tanto en el ámbito vecinal como laboral, como han señalado múltiples y diversas investigaciones, las organizaciones se encuentran en una situación de crisis o debilitamiento, caracterizadas por su fragmentación y despolitización (Gutiérrez-Crocco, 2020; Letelier, 2018; Sehnbruch, 2006; Tapia, 2018). En el ámbito vecinal, se ha destacado cómo en un mismo territorio cohabitan numerosas juntas de vecinos que, en general, no trabajan de manera articulada y, es más, muchas veces compiten por los recursos públicos. Las mismas tienen agendas muy reducidas, enfocadas en aquello que la ley les permite y para lo cual las políticas públicas pueden dar alguna respuesta. En este contexto, pese a que existe una cantidad importante de organizaciones comunitarias, estas no tienen influencia en la producción de su territorio (Consejo Nacional de Participación Ciudadana y Fortalecimiento de la Sociedad Civil, 2017). Por su parte, en el ámbito laboral, debido a una institucionalidad restrictiva con las organizaciones sindicales, estas se han visto debilitadas y relegadas en su capacidad de acción al ámbito de la empresa (Drake, 2003; Posner, 2018). Si bien en los últimos años se ha observado una rearticulación y reactivación de muchas organizaciones, persiste una gran fragmentación en la medida en que las organizaciones de base actúan de manera aislada, atendiendo a los problemas específicos y puntuales de su empresa, sin vin-

cularse mayormente con organizaciones superiores (federaciones, confederaciones y centrales sindicales) (Gutiérrez-Crocco, 2020; Sehnbruch, 2006).

Este debilitamiento y fragmentación de las organizaciones vecinales y laborales ha conducido a una pérdida de relevancia de las mismas, tanto en términos sociales como políticos. Planteamos como hipótesis que esta debilidad e irrelevancia pueden ser vistas tanto como una causa como una consecuencia de la escasa participación de los individuos en estas organizaciones.

Discusión y conclusiones⁸

Del análisis se desprende la presencia de relaciones comunitarias en todos los ámbitos observados. Estos entramados hacen una contribución sumamente importante a la satisfacción de necesidades individuales y colectivas de diferente índole, tanto psicosociales (afectivas, identitarias, de cuidados y reconocimiento) como materiales, más vinculadas a la solución de problemas concretos que pueden presentarse en la vida diaria. Estos entramados pueden ser vistos como distintos tipos de recursos (extra-estatales y extra-mercantiles) que les permiten a los individuos enfrentar las variadas pruebas que les impone la sociedad (Araujo y Martuccelli, 2012). Pero, al mismo tiempo, las tramas se muestran contenidas en formas relacionales intimistas y familiarizadas. Esto fragmenta lo comunitario, convirtiéndolo en un archipiélago de pequeños círculos sociales y debilita su capacidad para producir y modificar los contextos sociales en que se desenvuelve. Así como las relaciones familiares actúan como una fuerza que atrae a los sujetos hacia entornos conocidos, lo que muchas veces dificulta ampliar sus círculos relacionales, en el ámbito vecinal y laboral predominan las relaciones de colaboración cotidiana y de cercanía, por sobre las que implican un compromiso asociativo. Lo anterior puede estar ligado a una configuración predominantemente privada y centrada en los lazos fuertes (Granovetter, 2000) –familia y grupos cercanos— a una insignificante presencia de entramados basados en intereses y valores compartidos (que tienden a reconocer su propia politicidad) y a una desconfianza hacia espacios asociativos tradicionales.

8. Partimos esta sección asumiendo las limitaciones de una investigación cuantitativa-descriptiva para dar cuenta de fenómenos relacionales. Pero al mismo tiempo, relevamos el aporte que una exploración amplia y general puede hacer. Primero, para identificar posibles líneas de indagación que desde el propio campo cuantitativo permitan profundizar el análisis y la explicación, y segundo, para dar un contexto más estructural a los resultados de indagaciones cualitativas.

La fuerte presencia de los entramados familiares en la vida comunitaria (nucleares y extensos) presenta una doble cara. Por un lado, las tramas familiares son el espacio/relación más importante de la vida comunitaria, lo que es positivo en tanto constituye una esfera valorada y esencial para la vida social, sobre todo en el ámbito de los cuidados. No obstante, al mismo tiempo, representa un riesgo para la consolidación de procesos comunitarios que contribuyan a la construcción de alteridad y se abran a lo público. Efectivamente, como muestran nuestros resultados, la familia ejerce una fuerza centrípeta en el ámbito amical y lo jalona a su propia lógica, alejándolo de su papel en la creación de nuevas relaciones y entramados, basados, por ejemplo, en intereses comunes. Esto puede explicar la debilidad de los entramados motivados por intereses comunes –o que tienen una vocación por la participación en el espacio público–, los que tienen una presencia muy limitada. Por lo tanto, de no estar articulada con otros ámbitos de la vida comunitaria, la hegemonía de la familia encierra el peligro de destacar en exceso la dimensión privada de la vida social.

Por otro lado, en lo vecinal y lo laboral predominan relaciones de colaboración cotidiana y de cercanía por sobre la participación en espacios asociativos formales. En lo vecinal encontramos toda una serie de prácticas de colaboración entre vecinas/os y niveles elevados de confianza, civismo y familiaridad pública. Esto contrasta con los niveles de implicación en organizaciones vecinales formales. En el ámbito laboral sucede algo similar. Si bien la participación en organizaciones formales como sindicatos tampoco es muy elevada, existe un conjunto amplio de prácticas y relaciones en el espacio laboral que pueden ser abordadas a partir de la lógica de lo comunitario: generan bienes relacionales como la confianza, la amistad, el disfrute compartido, formas de apoyo mutuo y aprendizaje. Son prácticas y relaciones que desbordan la lógica instrumental con la que suele analizarse la participación en el mercado laboral. Sin embargo, pese a la abundancia de las relaciones cotidianas en estos dos espacios, existe un desacople entre éstas y las organizaciones formales, vecinales y sindicales. Entonces, existen, por un lado, relaciones comunitarias importantes, pero inorgánicas y sin capacidad de acción colectiva e incidencia pública; y, por otro, organizaciones formales, pero débiles, tanto en su capacidad para representar los intereses de las/os vecinas/os y trabajadoras/es, como en su capacidad de incidir en la esfera política.

El desafío es, por lo tanto, generar una mayor porosidad y articulación entre las relaciones comunitarias cotidianas y las formas más organizadas, para que las primeras puedan traducirse en acciones capaces de incidir o ampliar su capacidad reproducir la vida y las segundas logren echar raíces en la vida cotidiana. En otras palabras, se requiere favorecer que las organizaciones vecinales y sindicales, en tanto componente de un universo comunitario más amplio, actúen como “bisagras” o “portales” que, por un lado, propicien una relación de tipo descendente (reticular), y se conecten con las múltiples interacciones y colaboraciones cotidianas y con entramados amicales y fa-

miliares existentes en el territorio; y, por otro, en una relación ascendente (en la forma de articulaciones), con organizaciones similares y con otras animadas por valores e intereses comunes, más allá del territorio, con el fin de implementar arenas de participación y deliberación de políticas públicas de carácter comunitario. En esto cobra relevancia el desafío de densificar el ámbito de los entramados de interés, más orientados a incidir en la sociedad, y propiciar su articulación con lo vecinal y lo laboral.

Todo lo anterior puede ser entendido en clave de transitar del *archipiélago* a la *esfera comunitaria*. La idea-horizonte de esfera comunitaria, hace referencia a una forma relacional con un alcance/potencial político que persigue no sólo reunir regularidades observables, sino que visibilizar y hacer emerger el carácter autónomo latente de lo comunitario. Así, una esfera comunitaria local, sería aquella en que los distintos entramados se conectan de múltiples maneras, se reconoce a sí mismos como parte de algo mayor y buscan formas de expresar su capacidad de reproducir la vida a partir de recursos, estrategias y racionalidades propias, diferentes a las del capital y de la política estatal.

Agradecimientos

Este artículo se inscribe en el proyecto Fondecyt Regular N°1220173 “Limitaciones y posibilidades para la constitución de una esfera comunitaria autónoma en Chile”, Agencia Nacional de Investigación y Desarrollo, Chile.

Referencias

- Anigstein, M., Watkins, L., Vergara Escobar, F. y Osorio-Parraguez, P. (2021). En medio de la crisis sanitaria y la crisis sociopolítica: cuidados comunitarios y afrontamiento de las consecuencias de la pandemia de la Covid-19 en Santiago de Chile. *Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología*, (45), 53-77.
- Araujo, K. (2016). *El miedo a los subordinados. Una teoría de la autoridad*. LOM Ediciones.
- Araujo, K. (2019). Introducción. En K. Araujo (coord.), *Las calles. Un estudio sobre Santiago de Chile* (pp. 11-20). LOM Ediciones.
- Araujo, K. y Martucelli, D. (2012). *Desafíos comunes: retrato de la sociedad chilena y sus individuos*. LOM Ediciones.
- Benhabib, S. (2006). *El ser y el otro en la ética contemporánea*. Gedisa.
- Blanco, O. y Julián, D. (2019). Una tipología de precariedad laboral para Chile: La precariedad como fenómeno transclasista. *Revista Cepal*. <https://www.aacademica.org/osvaldo.blanco/7>.

- Blokland, T. y Nast, J. (2014). From public familiarity to comfort zone: the relevance of absent ties for belonging in Berlin's mixed neighbourhoods. *International Journal of Urban and Regional Research*, 38, 1142-1159.
- Borsdorf, A., Sánchez, R., y Marchant, C. (2008). Aprendiendo de los errores. La necesidad de cambios a la política nacional de vivienda en ciudades intermedias chilenas. *Scripta Nova*, 12. <https://www.ub.edu/geocrit/sn/sn-270/sn-270-51.htm>.
- Butler, J. (2006). *Vida precaria. El poder del duelo y la violencia*. Paidós.
- Butler, J. (2018). *Resistencias: repensar la vulnerabilidad y repetición*. Paradiso.
- Carrasco, C. (2013). *El cuidado como eje vertebrador de una nueva economía*. Cuadernos de Relaciones Laborales 1. España: Universidad Complutense de Madrid.
- Castells, M. (1973). Movimientos de pobladores y lucha de clases en Chile. *EURE*, 3(7), 9-35. <http://www.eure.cl/index.php/eure/article/view/834>.
- Consejo Nacional de Participación Ciudadana y Fortalecimiento de la Sociedad Civil (2017). *Estado de la participación ciudadana en Chile y propuestas de reforma a la Ley 20.500 sobre Asociaciones y Participación Ciudadana en la Gestión Pública*. <https://dos.gob.cl/wp-content/uploads/2017/06/informe-final-1.pdf>.
- Cubillos-Almendra, J., Tapia, V., y Letelier, F. (2022). Juntas nos cuidamos: entramados comunitarios feministas durante la pandemia por Covid-19. *Convergencia*, 29.
- Dammert, L., Karmy, R. y Manzano, L. (2005). *Ciudadanía, Espacio Público y Temor en Chile*. Centro de Estudios en Seguridad Ciudadana. http://www.cesc.uchile.cl/publicaciones/se_10_ciudadania.pdf.
- Darat, N. (2021). Autonomía y vulnerabilidad. La ética del cuidado como perspectiva crítica. *Isegoría* (64): e03. <https://doi.org/10.3989/isegoria.2021.64.03>.
- De Marinis, P. (2005). 16 comentarios sobre la(s) sociología(s) y la(s) comunidad(es). Papeles del CEIC. *International Journal on Collective Identity Research*, 0(15). <https://ojs.ehu.eus/index.php/papelesCEIC/article/view/12103>.
- Delamaza, G., Maillet, A. y Martínez, C. (2017). Socio-Territorial Conflicts in Chile: Configuration and Politicization (2005-2014). *ERLACS*, 0(104), 23. <https://doi.org/10.18352/erlacs.10173>.
- Dirección del Trabajo (2021). *Compendio estadístico de 1990 a 2021*. Santiago: Dirección del Trabajo, Gobierno de Chile.
- Donati, P. y García, P. (2021). *Sociología Relacional. Una lectura de la sociedad emergente*. Prensas de la Universidad de Zaragoza.
- Drake, P.W. (2003) El movimiento obrero en Chile: De la Unidad Popular a la Conceratación. *Revista de Ciencia Política* (Santiago) 23(2), 148–158.

- Dunbar, R. (2018). The anatomy of friendship. *Trends in cognitive sciences*, 22(1), 32-51.
- Elgueta, W. (2019). *Asociatividad como estrategia para la integración de inmigrantes. Estudio de caso de la comunidad de haitianos participantes en el curso Kou español de la junta de vecinos el Progreso*. Tesis para optar al Grado de Magíster en Sociología, Universidad Academia de Humanismo Cristiano.
- Escobar, A. (2019). *Autonomía y diseño. La realización de lo comunal*. Editorial Universidad del Cauca.
- Frei, R., Moya, C., Castillo, A., Gerber, M., y Puga, I. (2022). ¿Qué hacer? Repertorios de acción frente a las injusticias percibidas en los lugares de trabajo en Santiago de Chile. *Latin American Research Review*, 57(4), 813-830.
- García García, S., Sanz Abad, J., & Ugena-Sancho, S. (2021). Discursos y prácticas en experiencias de cuidado comunitario. Una perspectiva moral entre cuidados gaseosos, líquidos y sólidos. *Revista Española De Sociología*, 30(2), a28. <https://doi.org/10.22325/fes/res.2021.28>.
- Garzón, C. (2020). Involucrarse activamente en la vida en común. Invitación desde la noción de amistad en Gadamer. *Eidos*, 33, 195-218.
- Gilligan, C. (1985). *La moral y la teoría. Psicología del desarrollo femenino*. Fondo de Cultura Económica.
- Granovetter, M. (2000). La fuerza de los vínculos débiles. *Política y sociedad*, 33, 41-56. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=154588>.
- Guerra, M.J. (2021). Vulnerabilidad y precariedad. Enfrentar las urgencias ético-políticas del presente y el futuro. *ISEGORÍA. Revista de Filosofía moral y política* (64), e01.
- Gutiérrez, R. (2017). *Horizontes comunitario-populares. Producción de lo común más allá de las políticas estado-céntricas*. Traficantes de Sueños.
- Gutiérrez, R. y Salazar, H. (2019). Reproducción comunitaria de la vida. Pensando la transformación social en el presente. En El Apantle (ed.), *Producir lo común. Entramados comunitarios y luchas por la vida* (pp. 21-44). Traficantes de Sueños.
- Gutiérrez-Crocco, F. (2020). Contesting the Neoliberal Order through Legal Mobilisation: The Case of Chilean Unions. *Journal of Latin American Studies*, 52(3), 575-599.
- Habermas, J. (2023). *Teoría de la acción comunicativa*. Ed. Trotta: Madrid.
- INE (2017). *Proyecciones de población*. <https://www.ine.gob.cl/estadisticas/sociales/demografia-y-vitales/proyecciones-de-poblacion>.
- Kathiravelu, L. (2013). Friendship and the urban encounter: towards a research agenda. *MMG Working Paper* 13-10.

- Leibowitz, U. (2018). What is friendship? *Disputatio: International Journal of Philosophy*, 10(49).
- Letelier, F. y Boyco, P. (2019). Hallazgos y preguntas iniciales. En F. Letelier, P. Boyco, J. Cubillos, V. Tapia y C. Irazábal (eds.), *Lo Vecinal en Chile: conceptos, políticas y prácticas en disputa* (pp. 23-70). Ediciones UCM.
- Letelier, L. (2018). El barrio en cuestión. Fragmentación y despolitización de lo vecinal en la era neoliberal. *Scripta Nova*, 22. <https://doi.org/10.1344/sn2018.22.21518>.
- Llop, J., Iglesias, B., Vargas, R., y Blanc, F. (2019). Las ciudades intermedias: concepto y dimensiones. *Ciudades*, 22, 23-43.
- Marchant, C., Riesco, M., y Monje-Hernández, Y. (2023). Crecimiento y fragmentación del periurbano valdiviano. Efectos del urbanismo neoliberal en una ciudad intermedia del sur de Chile. *EURE* (Santiago), 49(147), 1-25.
- Martínez-Buján, R., & Vega Solís, C. (2021). El ámbito comunitario en la organización social del cuidado. *Revista Española De Sociología*, 30(2), a25. <https://doi.org/10.22325/fes/res.2021.25>.
- Maturana, F., Rojas, A. y Salas, R. (2018). Dinámicas espaciales y transición hacia la articulación de espacios metropolitanos: El caso de Temuco y su hinterland, Chile. *Cuadernos geográficos de la Universidad de Granada*, 57(1), 132-154.
- Ministerio de Desarrollo Social y Familia (2020). *Encuesta CASEN en Pandemia 2020*. <https://observatorio.ministeriodesarrollosocial.gob.cl/encuesta-casen-en-pandemia-2020>.
- Ministerio de Desarrollo Social y Familia (2022). *Encuesta de caracterización socioeconómica nacional (CASEN) 2022*. <https://observatorio.ministeriodesarrollosocial.gob.cl/encuesta-casen-2022>.
- Ministerio de Vivienda y Urbanismo (2015). *Ciudades con Calidad de Vida: Diagnósticos Estratégicos de Ciudades Chilenas: Sistema Urbano Talca-Maule*. <https://biblioteca.digital.gob.cl/server/api/core/bitstreams/a9c43d13-441d-4197-b14a-a0421d0bc0bb/content>.
- Noguera, J. A. (2002). El concepto de trabajo y la teoría social crítica. *Papers. Revista de sociología*, 141-168.
- Oriolani, F. (2022). La casa como red. Flujos cotidianos y ensamblajes actorales en un barrio popular. *Geograficando*, 18(1), e109.
- Paredes, J.P. y Araya, C. (2020). La educación chilena, ¿no se vende? Movilización estudiantil y la configuración del problema público universitario. *Polis* (Santiago), 19(57), 331-359. <https://doi.org/10.32735/s0718-6568/2020-n57-1573>.

- PNUD (2017). *Desiguales. Orígenes, cambios y desafíos de la brecha social en Chile*. Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo.
- Posner, P. (2018). *Labor Politics in Latin America: Democracy and Worker Organization in the Neoliberal Era*. Gainesville: University Press of Florida.
- Ramírez, R. (2019). Los “bienes relacionales” en la socioecología política de la vida buena. *Crisol*, 9, 1-20.
- Rasse, A. (2015). Juntos pero no revueltos. Procesos de integración social en fronteras residenciales entre hogares de distinto nivel socioeconómico. *EURE*, 41(122), 125-143.
- Roig, A. y Blanco, M. (2021). Producir lazo, organizar “la olla” y “contener a otros/as. Experiencias de cuidado sociocomunitario durante la pandemia de la Covid-19 en el AMBA (Argentina). *Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología*, (45), 29-51.
- Sales, T. (2016). Contra la precariedad, con la precariedad; cuidados y feminismo. Oxímora. *Revista Internacional de Ética y Política* 8. España: Universitat de Barcelona.
- Sanchís, N. (2020). Ampliando la concepción de cuidado: ¿privilegio de pocxs o bien común?, en Sanchís, N. (comp.). *El cuidado comunitario en tiempos de pandemia... y más allá*. Argentina: Asociación Lola Mora, Red de Género y Comercio.
- Sehnbruch, K. (2006). *The Chilean labor market: A key to understanding Latin American labor markets*. New York and Basingstoke: Palgrave Macmillan.
- Shin, K.-Y., Kalleberg, A. L., & Hewison, K. (2023). Precarious work: A global perspective. *Sociology Compass*, e13136. <https://doi.org/10.1111/soc4.13136>.
- Simon, J. y Valenzuela-Fuentes, K. (2017). Civil Society Reconstruction. Popular Organizations in Postearthquake Concepción. *Latin American Perspectives*, 44(4), 41-61.
- Soto, A. (Ed.) (2008). *Flexibilidad laboral y subjetividades, hacia una comprensión psicosocial del empleo contemporáneo*. LOM-Universidad Alberto Hurtado: Santiago.
- Soto, A., Stecher, A. y Frías, P. (2021). ¿Nuevas orientaciones subjetivas en el trabajo?: Los jóvenes de la industria del retail en Chile. *Athenea digital: revista de pensamiento e investigación social*, 21(1), 0009.
- Standing, G. (2013). *El precariado. Una nueva clase social*. Pasado y Presente.
- Tapia, V. (2018). Geografías de la contención: el rol de las políticas de escala barrial en el Chile neoliberal. *Scripta Nova*, 22(592). <http://revistes.ub.edu/index.php/ScriptaNova/article/view/20272>.

- Tapia, V., Letelier, F., Cubillos, J. y Micheletti, S. (2021). *Lo comunitario. Alternativas en tiempos de crisis*. Ediciones UCM.
- Theodore, N.; Peck, J.; Brenner, N. (2009). Urbanismo neoliberal: la ciudad y el imperio de los mercados. *Temas Sociales* [Santiago de Chile: SUR], 66. <http://www.sitiosur.cl/r.php?id=898>.
- Toro, F., y Orozco, H. (2018). Concentración y homogeneidad socioeconómica: representación de la segregación urbana en seis ciudades intermedias de Chile. *Revista de Urbanismo*, (38), 1-21.
- UNESCO (1999). *Ciudades Intermedias y urbanización mundial*. http://www.ceut.udl.cat/wp-content/uploads/5.BOOK1_.pdf.
- Valenzuela, E. y Cousiño, C. (2000). Sociabilidad y asociatividad: Un ensayo de sociología comparada. *Estudios Públicos*, 77.
- Valenzuela, K. (2022). Asambleas territoriales. Reinventando lo político en las ciudades chilenas post revuelta. En R. Ganter, R. Zarzuri, K. Henríquez y X. Goecke (eds.), *El Despertar Chileno. Revuelta y Subjetividad Política* (pp. 197-216). CLACSO.
- Wellman, B., Quan-Haase, A., y Harper, G. M. (2019). The networked question in the digital era: How do networked, bounded, and limited individuals connect at different stages in the life course? *Network Science*, 8(3), 291-312. <https://doi.org/https://doi.org/10.1017/nws.2019.28>.

Sobre los autores

FRANCISCO LETELIER TRONCOSO es Sociólogo, Doctor en Geografía por la Universidad de Barcelona, investigador del Centro de Estudios Urbano Territoriales (CEUT). Correo Electrónico: fletelier@ucm.cl.  <https://orcid.org/0000-0003-0649-1093>

CLAUDIA JORDANA CONTRERAS es Socióloga, Doctora en Sociología por la École des Hautes Études en Sciences Sociales (EHESS), investigadora del Centro de Estudios Urbano Territoriales (CEUT). Correo Electrónico: cjordana@ucm.cl.

 <https://orcid.org/0000-0001-5372-799X>

JUAN PABLO PAREDES PAREDES es Doctor en Ciencias Sociales, Universidad de Chile; Sociólogo, Universidad de Concepción, Chile. Investigador CEUT- Universidad Católica del Maule. Editor Revista Pensamiento y Acción Interdisciplinaria (PAI), UCM. Correo Electrónico: jparedes@ucm.cl.  <https://orcid.org/0000-0002-8627-9107>

JAVIERA CUBILLOS-ALMENDRA es Trabajadora Social, Magíster en Igualdad de Género en las Ciencias Sociales y Doctora en Ciencia Política por la Universidad Complutense de Madrid. Correo Electrónico: javieracubillos@uchile.cl.

 <https://orcid.org/0000-0001-8080-4049>

MIGUEL SEPÚLVEDA SALAZAR es Sociólogo, Máster en Antropología Urbana por la Universitat Rovira i Virgili, estudiante del doctorado en Ciencias Sociales de la Universidad Católica del Maule. Correo Electrónico: msepulvedas@ucm.cl.

 <https://orcid.org/0000-0002-2824-8927>

CUHSO

Fundada en 1984, la revista CUHSO es una de las publicaciones periódicas más antiguas en ciencias sociales y humanidades del sur de Chile. Con una periodicidad semestral, recibe todo el año trabajos inéditos de las distintas disciplinas de las ciencias sociales y las humanidades especializadas en el estudio y comprensión de la diversidad sociocultural, especialmente de las sociedades latinoamericanas y sus tensiones producto de la herencia colonial, la modernidad y la globalización. En este sentido, la revista valora tanto el rigor como la pluralidad teórica, epistemológica y metodológica de los trabajos.

EDITOR

Matthias Gloël

COORDINADOR EDITORIAL

Víctor Navarrete Acuña

CORRECTOR DE ESTILO Y DISEÑADOR

Ediciones Silsag

TRADUCTOR, CORRECTOR LENGUA INGLESA

Mabel Zapata

SITIO WEB

cuhso.uct.cl

E-MAIL

cuhso@uct.cl

LICENCIA DE ESTE ARTÍCULO

Trabajo sujeto a una licencia de Reconocimiento 4.0 Internacional Creative Commons (CC BY 4.0)